



DICIEMBRE 2014

N.º 61

Unión mundial de sacerdotes, religiosos y seglares

MINISTRI DEI

Servidores de Dios

BOLETÍN DE ACTUALIDAD CATÓLICA TRADICIONAL



Avda. de Andalucía, 71
Escalera derecha 1.º B
23.005 Jaén (España)

E-mail:
ministridei@hotmail.com

Página Web:
www.ministridei.es

Teléfonos
923 286 689
657 401 264

Sumario

A Dios lo que es
de Dios 1

La grandeza de
María 2-3-4

Día del benefactor ... 4

La revelación del Nombre inefable "Yo Soy el que Soy" contiene la verdad que solo Dios ES. Dios es la plenitud del Ser y de toda perfección, sin origen y sin fin. Mientras todas las criaturas han recibido de El todo su ser y su poseer, El solo es su ser mismo y es por sí mismo todo lo que es.

(C.I.C. 213)

A DIOS LO QUE ES DE DIOS

Cada persona sea de la condición que sea, hombre o mujer, niño o anciano, letrado o iletrado, tienen sus derechos, y esos derechos no debemos negárselos a nadie. Es de justicia que cada cual reciba lo que le corresponde, y al proporcionándoselos, no estamos haciendo nada de más, solo cumplir la más elemental regla de justicia y equidad. Y si cada persona en el plano natural tiene sus derechos y estos son inviolables, también Dios nuestro Creador y Redentor, tiene los suyos, y son tan inviolables como los de cualquier criatura. Es el primer mandamiento de la ley divina: *Amarás a Dios sobre todas las cosas*. Y amarlo sobre todas las cosas significa darle todo lo que por ser El le corresponde: *amor, adoración, entrega, reparación, agradecimiento, gloria, etc.*

Que dispuestos estamos para reclamar nuestros derechos y como nos crecemos cuando tenemos razón, pero que dejados y olvidadizos para dar a Dios los suyos. Y sin embargo, no caemos en la cuenta de que cuando a Dios le estamos dando lo que es de Dios, automáticamente damos a los demás lo que les corresponde, porque cuando hacemos justicia a Dios, inevitablemente la hacemos a nuestros semejantes, ya que una cosa está unida a la otra.

La Majestad de Dios es infinita, su dignidad es insuperable por nada, ni por nadie. Ni todas las autoridades juntas, ni todas las personas que han pasado y pasarán por este mundo, superaran la dignidad infinita de Dios. De ahí, darle a Dios lo que a esta dignidad infinita le pertenece. No es que deseemos darle gloria, ¡es que debemos dársela! es la primera obligación de cada persona. Los Ángeles aunque sean espíritus puros e impecables, dan a Dios lo que es de Dios, es decir, adoración constante. Nosotros tampoco debemos omitir este sagrado deber. Y cuando este deber sagrado lo cumplimos diligentemente y de corazón, nuestra vida se llenará de bendiciones que son las consecuencias del amor a Dios.

Dar a Dios lo que es de Dios no quiere decir que quitemos a los demás lo que les atañe. Jesús mismo nos lo enseñó en el Evangelio y lo dejó bien claro (Mt 22,21). Hay quienes se disculpan de no dar a Dios el culto debido diciendo que no tienen tiempo de ir a la Iglesia, algo que no siempre será así. Pero si realmente fuera así y no tuvieran tiempo de ir a la Iglesia, a Dios lo podemos adorar interior o exteriormente en cualquier lugar, puesto que El está en todas las partes, y nos oye y nos ve en el lugar donde nos encontremos, por eso, si no podemos acudir a un templo, que sea nuestro corazón el templo donde le demos ese reconocimiento por ser El quién es.

BETANIA

LA GRANDEZA DE MARÍA

CRATURA ÚNICA E IRREPETIBLE

Muchos de nosotros que leemos estas páginas reconocemos y amamos a la Santísima Virgen por ser quien es, y por el papel tan importante y relevante que tuvo en la Encarnación de Dios y en la Redención. Aunque se ha escrito mucho sobre Ella, siempre será poco, porque para proclamar la grandeza de María adecuadamente, se necesitarían generaciones y generaciones de santos que escribiesen o predicasen sobre Ella y aun no sería suficiente.



María fue un tesoro de prodigios y un compendio de virtudes todas en grado heroico. La excelsitud y humildad de María de las que Ella en buena medida no era consciente por designio divino, la hizo la criatura más grande de la Creación, por encima no solo de todo el género humano, sino por encima de todos los espíritus angélicos, siendo pues «solo inferior a Dios». Y a pesar de su pequeñez fue elevada hasta

la altura de Madre de Aquel que la formó. Para contemplar la grandeza de María hay que vivir desprendido del mundo y gustar de las cosas espirituales, pues la Virgen, es criatura más celestial que terrenal, y aunque hija de Adán no tuvo culpa original ni culpa alguna personal. Su grandeza es tal que mereció de Dios ser su Madre.

HÁGASE EN MÍ SEGÚN TU PALABRA

La Virgen no es que hiciera la voluntad de Dios, es que vivía en esa voluntad. Todo lo hacía o pensaba según la voluntad de Dios, nada hacía por voluntad propia. Su querer era el querer de Dios. Ella murió a su voluntad para poner en su lugar los deseos y la voluntad de Dios, fueran cuales fueren.

El mismo Señor (Mt 12,50) elogia este cumplir constantemente la voluntad de Dios, porque es esto lo que ha hecho a esta humilde mujer la más grande de todas las criaturas celestiales y terrenales. Cumplir a la perfección la voluntad de Dios fue lo que hizo ascender tan alto a María Santísima y lo que la distinguió entre todas las criaturas, todo lo demás habría sido nada si no hubiera vivido identificada con la voluntad de Dios. Y esa voluntad vivida a la perfección hasta en el más insignificante movimiento, fue lo que le dio la fecundidad divina y la hizo Madre del Verbo.

Y fueron tales y tantas las delicias y las gracias que Dios

vertió en Ella, que basta decir que lo que era Nuestro Señor por naturaleza, Ella llegó a serlo por gracia; y además al no tener culpa alguna ni siquiera levemente, la gracia divina pudo dominar en Ella libremente. Y como María al tener la gracia santificante en plenitud, tenía asimismo todas las virtudes, y los dones y frutos del Espíritu Santo también en plenitud, por lo que Ella amó más que ningún otro ser a Dios, y tanto que nadie podrá jamás igualarla. Tuvo más gracia divina que todos los Ángeles y criaturas juntos. Esto es algo que conmueve y que invita a considerar por qué Dios obró tales maravillas en su hija predilecta. ¿Solo para recrearse en Ella? ¿La misión de María en la Iglesia tiene algo que ver con este derroche de gracias?

NADA EXTRAORDINARIO

Es norma de Dios esconder en una vida común y sencilla a personas de grandeza inigualable y de elevada santidad. Eso hizo también con la Virgen. La Santísima Virgen no hacía nada de extraordinario en su vida exterior, es más, aparentemente hizo menos que cualquier otra persona. Ella realizaba las acciones más ordinarias de la vida: hilaba, cosía, barría, encendía el fuego, iba a por agua. ¿Quién habría pensado que esa humilde muchachita era la Madre del Mesías tan esperado y anunciado? Toda la grandeza de María estuvo escondida en una vida ordinaria y común a sus contemporáneos. Nada hacía sospechar su misión única e irrepetible y su dignidad elevada por encima de todas las criaturas. Vida escondida mientras moraba en la Tierra, pero ocultamente en su vida terrena, y manifiestamente en su vida gloriosa, esa vida oculta sería transformada en caudal de gracias, porque estaba llamada a comunicar su secreta fecundidad por todas partes en unión con su Hijo.

Sus acciones externas nada hacían entreverlo. Toda su grandeza, potencia y santidad, los mares inmensos de bienes que de Ella salían era de su interior; cada latido suyo, respiro, pensamiento, palabra, todo venía de su Purísimo e Inmaculado Corazón. De ese Corazón que solo era conocido por la Santísima Trinidad y del cual hizo su Paraíso el Verbo de Dios.

MISIÓN ÚNICA EN LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

María tuvo la misión única de Madre del Hijo de Dios y el oficio de Corredentora del género humano. Ni los Apóstoles, ni los mártires, ni criatura alguna que haya tenido la más extraordinaria de las misiones, como por ejemplo Moisés o San Juan Bautista, se puede comparar con la misión sublime y singular de la Madre del Redentor. Su maternidad divina fue enriquecida de tanta gracia que solo alcanzaremos a su comprensión en la otra vida. Dios tenía necesidad de una Madre Virgen, concebida sin la infamia de la mancha original, porque habiendo de tomar carne humana, era decoroso para el Verbo Eterno que no tomase una sangre infectada para formar su Santísima Humanidad.

La Virgen María fue concebida sin mancha original para poder conseguir al suspirado Redentor, porque era justo que quien debía ser su Madre, ni siquiera el germen

de la culpa hubiese tenido existencia en Ella, y debía ser la más noble, la más santa de todas las criaturas, pero de una nobleza divina y de una santidad totalmente similar a la de su Creador, para poder encontrar en Ella tanta gracia y capacidad y poder concebir al Santo de los Santos, al Verbo Eterno. Muchas veces las personas hacemos algo similar a esto, pues si debemos conservar cosas preciosas y de gran valor, preparamos vasos o cofres en proporción a las cosas preciosas que se deben conservar en ellos; en cambio, si son cosas ordinarias y de poco valor, se preparan cajas de poquísimos valor, no se tiene el cuidado de tenerlos bajo llave como al receptáculo valiosísimo, sino que cualquiera los puede tomar a su arbitrio; así que de la preciosidad del recipiente y del celo en conservarlo, así será su contenido.

Si a un Sagrario que va a contener la Sagrada Eucaristía se le exige que esté revestido de metales nobles, como el oro, ¿cómo tendría que ser el seno donde descendería el Verbo de Dios para encarnarse? ¿Cómo tendría que ser la criatura que suministró su sangre para formar la humanidad sacratísima de Jesús en su seno? Tendría que ser un alma en total unión y armonía con Dios: unión única e insuperable con Él y, en total acuerdo con su voluntad. Jamás habría podido el Verbo Eterno descender del Cielo si no hubiera encontrado en María su voluntad restablecida, tal como había querido la Santísima Trinidad que existiera en la criatura. ¿Qué importaba a Dios que fuese una criatura pequeña si su voluntad estaba a salvo en Ella, sin ningún impedimento ni rotura por parte de su propia voluntad? Dios tenía que estar seguro que la escogida no rompería en ningún momento su plan divino, haciendo de su propio albedrío algo que no entrase en los planes de Dios.

LA GRANDEZA DE MARÍA

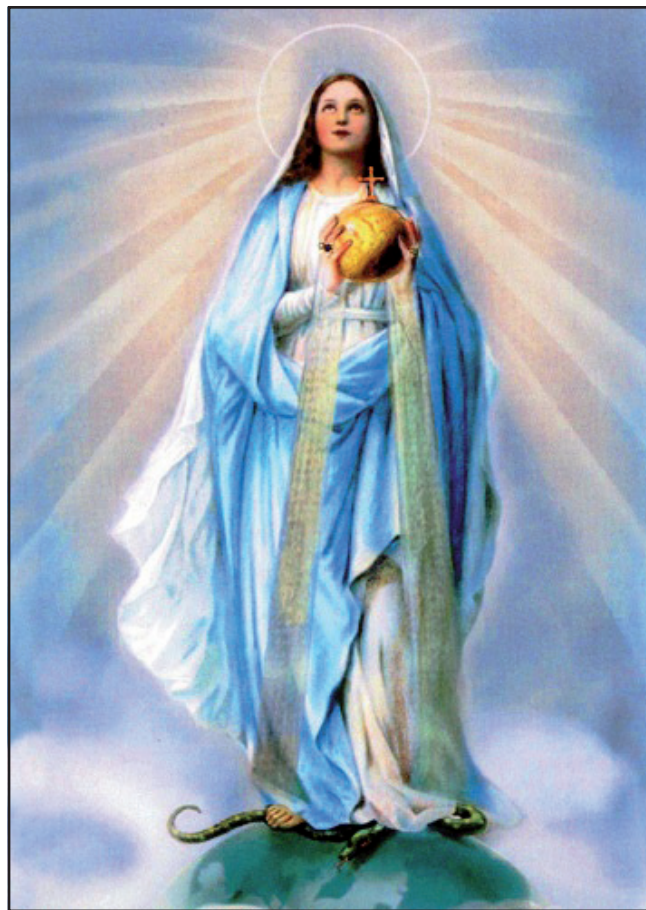
Y aquella muchachita judía, de aspecto inocente y pueril, cuando recibe la visita del Ángel en la Anunciación, Ella acepta sin impedimento ni condición alguna ser la Madre de Dios, ser la Madre del Mesías que durante siglos había sido anunciado por los profetas y esperado por el pueblo escogido. Pero si el Ángel le hubiera traído otra embajada, Ella hubiera aceptado con la misma conformidad y la disposición con la que aceptó ésta. Porque María sólo ha deseado siempre hacer en cada instante la voluntad de Dios.

Y dice “sí” sin pensárselo dos veces, y es precisamente ese “sí” firme y auténtico lo que hace de María la criatura más grande desde la existencia del mundo. Su conformidad con la voluntad divina es lo que hacen de esta mujer un ser excepcional e irreplicable. Tan pronto sabe que su prima Isabel está esperando un hijo, se pone en camino para ir a servirla, Ella que acaba de concebir nada más y nada menos que al Hijo de Dios. Y en su encuentro con su prima al reconocerla ésta como Madre de su Señor, la Virgen proclama el Magnificat. (Lucas, 1,46) «Es el único cántico compuesto por la Santísima Virgen, o mejor, en Ella por Jesucristo, que hablaba por boca de María. Es el mayor sacrificio de alabanza que Dios ha recibido en la ley de gracia. Es el más humilde y reconocido, y, a la vez, el más sublime y elevado de todos los cánticos. En él hay misterios tan grandes y ocultos, que los Ángeles los ignoran... Los diablos tiemblan y huyen cuando oyen estas palabras del Magnificat.» (San Luis M^o Grignon de Montfort, Tratado Verdadera Devoción, 255)

BIENAVENTURADA ME LLAMARÁN TODAS LAS GENERACIONES

Hay quienes dicen que la Virgen era una pobre muchachita que no comprendía lo que le estaba pasando, o sea, ¡una ignorante! Nada más lejos de la realidad, nada más inexacto. Basta con meditar profundamente en las palabras del Magnificat, para ver con claridad el alcance de su conocimiento sobre la misión y la maravilla que el Cielo obró en Ella y sigue obrando en todas las almas que se le asemejan.

María en el Magnificat habla no sólo con el corazón, sino con la plenitud del Espíritu y de la abundancia de su ser lleno de gracia habla la boca. Bienaventurada me dirán todas las generaciones. (Lc. 1, 48) ¡Todas las generaciones! Ella ve el alcance de la gracia inmensa que le ha hecho Dios al escogerla como Madre del Redentor. También Isabel iluminada por el Espíritu Santo comprende que esa muchachita que viene a servirle es nada más y nada menos que la Madre de su Señor. El misterio grandísimo de la Encarnación del Verbo, esperado tantos siglos, lo entienden perfectamente las dos mujeres, humildes mujeres de vida



sencilla y ordinaria, pero cuya luz es infalible al comprender lo que les ha sucedido a ambas. Y el niño de Isabel como avalando todo esto, salta de gozo en el seno de su madre y queda lleno del Espíritu Santo.

Y efectivamente, la Santísima Virgen es enaltecida y venerada por todos los pueblos de la Tierra con infinidad y variadas advocaciones. Donde hay un pueblecito católico, allí está honrada la Virgen Santísima con la advocación que en ese pueblo le hayan puesto. Todos los siglos del cató-

licismo la Virgen está venerada y reconocida como Madre de Dios, y aunque es Madre de Dios también lo es nuestra y todas las gracias que recibimos, pasan por sus manos. Reveló Nuestro Señor a Luisa Piccarreta: *No hay gracia que descienda sobre la Tierra, no hay santidad que se forme, no hay pecador que se convierta, no hay amor que parta de Nuestro Trono, que primero no sea puesto en su Corazón de Madre, la cual forma la maduración de aquel bien, lo fecunda con su amor, lo enriquece con sus gracias, y si es necesario con la virtud de sus dolores, y después lo pone en quien lo debe recibir, de modo que quien lo recibe siente la paternidad divina y la maternidad de su Madre Celestial.*

MARÍA, MADRE DE LA IGLESIA

Después de haber hablado de la grandeza de María conviene considerar ahora su lugar en la Iglesia. Se la reconoce y se la venera como verdadera Madre de Dios y del Redentor, más aún, es verdaderamente Madre de los miembros (de Cristo) porque colaboró con su amor a que nacieran en la Iglesia los creyentes, miembros de aquella Cabeza (CatlC 963).

El papel de María con relación a la Iglesia es inseparable de su unión con Cristo, deriva directamente de ella. "Esta unión de la Madre con el Hijo en la obra de la salvación, se manifiesta desde el momento de la concepción virginal de Cristo hasta su muerte" Se manifiesta particularmente en la hora de su Pasión (CatlC 964). Después de la Ascensión de su Hijo, María "estuvo presente en los comienzos de la Iglesia con sus oraciones" (CatlC 965).

ELLA ES NUESTRA MADRE EN EL ORDEN DE LA GRACIA

Por su total adhesión a la voluntad del Padre, a la obra redentora de su Hijo, a toda moción del Espíritu Santo, la Virgen María es para la Iglesia el modelo de la fe y de la caridad (CatlC 967). Pero su papel con relación a la Iglesia y a toda la Humanidad va aún más lejos.

Colaboró de manera totalmente singular a la obra del Salvador por su fe, esperanza y ardiente amor, para restablecer la vida sobrenatural de los hombres. Por esta razón es nuestra Madre en el orden de la gracia. (CatlC 968)

Nuestra alegría como cristianos debe ser saber que esta criatura excepcional que fue María y que la hizo merecer ser Madre de Dios, es también Madre de la Iglesia. Debe llenarnos de gozo saber que la Virgen es también Madre de nosotros los pecadores, y que Ella, cual celosa Madre está siempre al tanto de cubrir nuestras necesidades espirituales y de ayudarnos en la gran empresa de nuestra salvación.

Pero nuestro espíritu aún debe remontarse y no detenerse en lo que nos beneficia a nosotros, sino gozarnos de que la Santísima Trinidad en todo lo que se refiere a la obra de la Creación y de la Redención la ve colmada y rebosa de



felicidad gracias a la respuesta inmediata y llena de santidad de María. Dios nunca se sentiría frustrado por la respuesta del resto de la Humanidad al estar incluida en ella la Hija predilecta del Padre, a la que el Redentor toma por Madre al hacerse hombre, y el Espíritu Santo de tal modo se desposa místicamente con Ella, que llega a ser una cuasi encarnación de su Persona divina.

Su maternidad responde por sus hijos de esta manera increíble que desborda toda analogía con la maternidad natural de la que como hombres tenemos experiencia.

Los hombres tenemos que sentirnos orgullosos no solo de tener tal Madre, sino de poder ofrecerle a Dios algo que compense con creces nuestra mala participación en su obra creadora y redentora. Por nosotros el saldo de tanto amor derrochado en nosotros por Dios hubiese sido negativo. Pero esta hija predilecta de Dios logra con toda justicia inclinar la balanza del lado del bien. Su HÁGASE EN MI SEGÚN TU PALABRA, mantenido sin desfallecimiento en su larga y costosa peregrinación en la fe, logra que la obra creadora y redentora sean una colmada glorificación de Dios. Y nosotros sus hijos anticipamos el triunfo de nuestra Madre sobre la obra del Maligno y nuestros pecados personales.

P. D. C. M. F.

DÍA DEL BENEFACTOR

Comunicamos la agradable noticia de que todos los días 1 y 15 de cada mes será EL DÍA DEL BENEFACTOR DE MINISTRI DEI, por tal motivo se encomendará en la Santa Misa, a todas aquellas personas que con sus contribuciones económicas, oraciones, voluntariado, articulistas, distribución o propagación de los boletines, etc., nos ayuden en esta noble tarea evangelizadora para gloria de Dios y bien de la Santa Madre Iglesia.